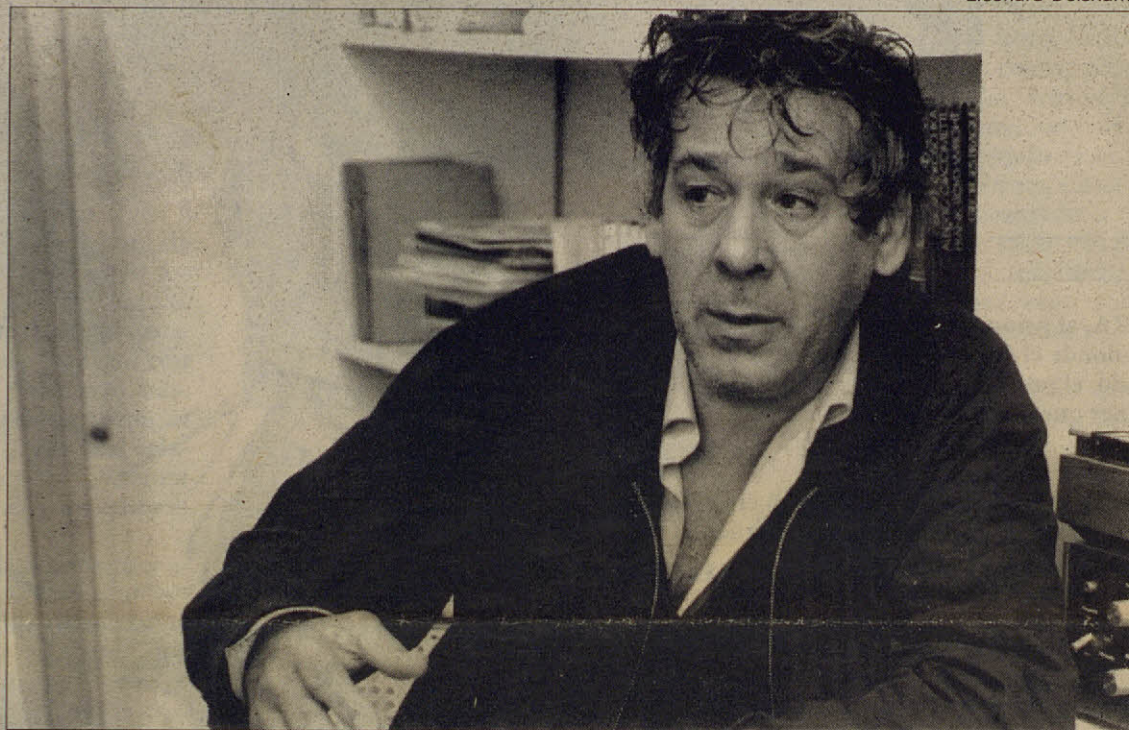


PORTA FALSA

Escuchando a Paco Ibáñez

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO (*)

Llegó a mi casa con una guitarra, así, a lo directo, con su cara de perro bueno y tímido, con su enorme jersey negro, sus pelos y su barba de tres o cuatro días. Entró, se sentó, bebió despacio y al fin comenzó a explicar que le gustaba poner música y cantar ciertos poemas de ciertos poetas. Eso debió ser en 1966 o por ahí, no recuerdo bien. Lo que sí recuerdo es que yo no le había oído nombrar. Poco después, muy pronto, le editaron el primer disco, vino su rápido éxito, en Francia primero (oh, Paco Ibanés), y después aquí, como un viento fresco y limpio en el ambiente enrarecido de aquellos tiempos. La cuestión es que al poco de charlar ya estaba cantando poemas de Lorca, de Quevedo, de Jorge Manrique, de Góngora... Me quedé asombrado: su música y su voz daban una dimensión nueva y para mí desconocida a la letra de aquellos poemas. Creo que Ton y Julia, tanto o más que yo, le pidieron que siguiera, que se queda a cenar, a dormir si convenía, pero que continuara cantando. El sonreía, bebía un sorbo, se secaba el sudor, y tomaba otra vez con mimo y firmeza la pulida guitarra. Siguió con Lorca, pasó al Arcipreste de Hita, a Alberti y a León Felipe, y sin avisar, cantó dos o tres poemas míos. Me asusté. No tuve tiempo para sentirme halagado, porque me asusté. Me parecían poemas de otra persona, escritos como para ser cantados, o hechos cantando. Tóquele



Leonard Delshams

los bemoles al Paco Ibáñez, pensé, y ya estaba escuchando a Emilio Prados, a Otero, a Gloria Fuertes, a Gil de Biedma, a Celaya, a Luis Cernuda... Sus canciones, no los poemas, eran algo nuevo, hermoso, sorprendente, pero también con sabor añejo, entre medieval y renacentista, y en todo caso, trovadoresco. Nos seguimos viendo, en Barcelona primero, luego en París, en la rue Delambre, uno de cuyos bares, el Salvy, era y es una especie de cuartel general de Paco y de su hermano Rogelio, otra criatura desmesurada de la que habría mucho que contar, lo mismo que del dueño y de la

A lo largo de su carrera artística Paco Ibáñez ha musicado a algunos de los más significativos poetas españoles. Con estos versos cantados la poesía se vuelve canción, y en esta hermandad de las artes se mantiene intacto el compromiso.

clientela del local.

Pasaron dos años, y en 1968, con un par de discos en la calle, Paco se instaló en Barcelona con su mujer y su hija. Intentaba probar si le era posible encajar en la España de entonces, después de casi veinte años en Francia, a donde emigró con su madre, la Amá, y Rogelio, en 1949. Cambió de casa un par de veces, siempre por mis barrios, y trabajó poniendo música a nuevos poemas. Pero no le dejaban actuar en público, sólo cantaba semiclandestinemente, siempre a escondidas, y le multaban por actuar para universitarios y obreros. Y no pudo aguantar la situación ni económica ni emocionalmente. Regresó a París, y al poco salió su tercer disco y enseguida el doble grabado en directo en cada una de sus actuaciones en el Olympia.

Desde entonces hasta ahora, le he seguido viendo muchas veces. En Madrid, en París, en el Salvy, en su casa, en la de su madre o en la de Rogelio. Poco o nada se ha sabido de su empeño en estos años, pero él siguió trabajando, cantando traducciones de Brassens, poemas de Neruda, acompañando al cuarteto del argentino Juan Cedrón, y poniendo música a poemas medievales y renacentistas castellanos.

Ahora ha vuelto a España, acompañado por Xabier Ribalta, y su impacto sigue siendo el de siempre, pero más matizado: se le escucha por la calidad de su voz y de su música más que por la emocionalidad de una oposición política a la pasada dictadura. Ojalá alargue su estancia en este país, pues quedarse fijo sospecho que no lo hará. Para un espíritu anárquico como el suyo, hay situaciones llamadas democráticas que le van a oler a cuerno: su único partido es el de los oprimidos y no conoce más disciplina que la de cantar verdades a todo dios.

(*) Poeta y escritor

SUGGERIMENTS

Llibres d'art

Los fundamentos del arte moderno, Werner Hoffmann. Barcelona, Ed. Península, 1992.

■ Les claus de l'art modern i els seus significats són tractats amb cura i minuciositat en una obra que, a més, fa una magnífica introducció a les formes simbòliques de les manifestacions artístiques més properes.

Cartas y anotaciones sobre la pintura de paisaje, Carl Gustav Carus. Madrid, Ed. Visor,

1992.

■ La concepció romàntica de la natura, la visió de l'home davant les possibilitats artístiques d'allò que l'envolta i una anàlisi acurada de la necessitat de reproduir els paisatges, són elements que componen una obra que compta amb una carta de Goethe com a introducció.

Estética del Rococó, Philippe Minguet. Madrid, Ed. Cátedra, 1992.

■ Obra que llança una interessant proposta per una autonomia del

rococó, desvinculant aquesta tendència d'aquella teoria que tan sols la considera com una simple degeneració del Barroc.

Llibres de cinema

Los sueños de la palabra, José María Latorre. Barcelona, Ed. Laertes, 1992.

■ Les sempre confuses però apassionades relacions entre la literatura i el cinema, entre la paraula i la imatge o entre l'escriptor i el realitzador, són el tema d'una obra important per

tractar un aspecte que molts cops resta oblidat pel públic en general.

Llibres de música

Silvio, Joseba Sanz. Bilbao. Ed. Guazapo. 1992.

■ La Nueva Trova Cubana i la figura de Silvio Rodríguez, un dels seus membres més destacats, són l'eix d'un llibre que ens apropa a un segment de la música sud-americana en el qual el compromís social és tan important com la qualitat instrumental.